NUM. 18. SEGUNDA SERIE. MAYO 24 DE 1840

LA ESPERANZA,

PERIODICO SEMANAL,

de Literatura, Teatros y Modas.

Con este periódico se reparte todos los meses una hermosa litografia, y se publica un tomo de novelas. PRECIOS DE SUSCRICION: en Madrid 4 rs. vn. cada mes por solo el periódico y estampa; en las provincias 14 rs. vn. cada trimestre. CON NOVELAS: 6 rs. vn. en Madrid y 24 en las provincias.

Se suscribe en Madrid en la libreria de Cuesta, frente á las Covachuelas; en la estampería de Valle, calle de Carretas, y en la Redaccion plazuela del Angel, núm. 24, cuarto segundo.

Ordenes Militares de Europa.

NOTICIA DE SU FUNDACION Y ORIGEN.

Caballeros de Jesucristo del Santo Sepulcro en Inglaterra.

MCLXXIV.

El Rey Enrique de Inglaterra, movido de piadoso celo al visitar los santos lugares, instituyó el año de 1174 la noble caballería de Jesucristo, dando á sus caballeros el mismo instituto que á los del Santo Sepulcro, los cuales por tiempo de dos años habian de pasar á Jerusalen y visitar y guardar aquellos lugares. Su insignia era una cruz verde, patriarcal, octogonada, con la regla de S. Benito. El estandarte que llevaban á la guerra era partido en dos, en una parte tres leones, uno encima de otro, y de la otra parte tres flores de lís, y del reverso la Cruz de la Orden.

Caballeros de Monte Gaudio en Siria, en España, Monfrac, Cataluña y Valencia de Mongoya.

MCLXXX.

Algunos católicos caballeros, para continuar defendiendo la Siria, instituyeron la orden militar de Monte Gaudio en Jerusalen, ó para acudir á los paises mas remotos en defensa de la verdadera, fé. La insignia era una cruz colorada, octógona, en hábito blanco. El estandarte era por una parte Nuestra Señora, y de la otra la Cruz de la Orden. Duró esta orden muchos años, y se estendió por la mayor parte del orbe.

Caballeros Teutónicos de Santa María, ó Crucijeros ó Marianos en Alemania.

MCLXXXIV.

Era tanto el deseo que los turcos tenian de posesionarse de Jerusalen y apoderarse del Santo Sepulcro, que juntaron un numeroso ejército, y pusieron cerco á la ciudad. Viendo el papa Gregorio VIII el grande aprieto de los cristianos, acordó pedir auxilio á Federico I de Alemania, el cual reuniendo á los suyos, que eran en gran número, se

puso en marcha para la tierra santa, jurando antes sus caballeros no volver á sus lares sin haber libertado á los cristianos. Viendo los moros las considerables fuerzas que venian sobre ellos, se retiraron y dejaron libres á los de la ciudad, del cerco que les tenian puesto. En hacimiento de gracias fabricaron en Jerusalen un templo bajo el amparo de Nuestra Señora, donde congregados todos estos caballeros, instituyeron la orden militar de Santa María, tomando por insignia una cruz octógona, como la de los Templarios, negra y orlada con una trencilla de plata en hábito blanco. Cuando el emperador Saladino conquistó á Jerusalen, se retiraron estos caballeros á Tolemaida en Germania. Conociendo Federico I su celo, les dió á Tolemaida, que confinaba con la Prusia, y ellos á poco movieron guerra á Conrado Mazoveiz, duque de Prusia, y le ganaron toda la parte del rio Vístula, que se estiende hasta el mar Báltico. Reinaron largo tiempo, hasta que el año de 1279 se reveló la Prusia contra ellos y perdieron el reino. Conjurándose los Prusianos y Polacos contra los Lituanos y Tártaros, se ampararon aquellos de los Teutónicos. Wenceslao Yaqueleon obtuvo una victoria contra los crucijeros el año de 1400, en que quedaron sobre el campo 30,000 entre caballeros y Prusianos. Sucediendo en el reino Casimiro, hijo de Sigismundo rey de Polonia, hizo tributarios á 80 caballeros que quedaban, quitándoles la Prusia, y mandando al maestre que de seis en seis meses le reconociese por señor natural.

Caballeros de Santa María Mater Domini, Gaudentes en Bolonia y en Italia.

MCCLXII.

Hallándose la ciudad de Bolonia presa de las enemistades que entre los caballeros y Señores habia, movido Fray Bartolomé Vicentino al ver la sangre que tan sin fruto se derramaba, ocurriósele formar esta orden en 1233, dándola por instituto la defensa de la religion, y sobre todo, pacificar enemistades, amparar viudas, y defender presos, asi culpables como inocentes. Movidos de la novedad, se alistaron muchos de los que tan divididos habian estado en opiniones, y consiguió Fray Bartolomé con esta idea, lo que no habia podido conseguir con el ruego y la persuasion. Su insignia era una cruz colorada, octógona, como la de los de Malta, con cuatro estrellas doradas al rededor de ella.

Caballeros de la Escama en España.

MCCCXVIII.

Reinando el Rey D. Juan el II el año de 1420, era tan célebre la orden militar de la Escama, que no habia noble en el reino que no perteneciese á ella, y no gozase renta de encomienda, debiendo su fundacion, segun varios, al mismo Rey D. Juan; el cual, encontrándose tan cargado de guerras, instituyó esta noble caballería, induciéndolos á su voluntad, para que en las ocasiones de guerra en que se hallase, le favoreciesen y defendiesen sus tierras. La insignia era á modo de una cruz lisa, colorada, compuesta de escamas, en hábito blanco; peco como el tiempo lo consume todo, ignórase su progreso, creyéndose que con la muerte de su fundador se acabaria el esplendor de la orden.

Caballeros del Nudo en Nápoles.

MCCCLI.

La noble caballería del Nudo tuvo orígen el año de 1351, cuando Ludovico, Rey de Pannonia inferior, movió guerra á la Reina doña Juana, heredera

del reino de Nápoles; y no tanto la hizo guerra para despojarla del reino, cuanto para vengarse de la muerte de su hermano Andreastro, á quien dicen que la Reina doña Juana, su muger, mandó dar garrote. Por consentimiento del Papa Clemente VI, la Reina y su nuevo esposo Ludovico Tarantino fueron coronados y reconocidos por reyes, y en memoria de aquel dia se instituyó la citada orden. La insignia es un nudo colorado, entretegido con oro, y el hábito blanco. El estandarte militar de una parte eran tres flores de lís, y de la otra la insignia de la orden.

(*Se continuará.*)

Tocador de una Israelita

EN TIEMPO

de las grandezas de Jerusalen.

Entregada á un sueño tranquilo, y oculta á los ojos de todos, reposa la joven Raquel sobre almohadas de delicadas pieles, guarnecidas de ricos tegidos, obra de los Fenicios. Raquel despierta y al momento circundan su lecho gran número de doncellas, en cuyos pies suenan una porcion de campanillas de plata. Llevan unas túnicas cortas que apenas les pasan de las rodillas, y un lazo de diferentes colores sujeta sus cabellos.

Una presenta á su señora sencillas sandalias de piel de cabra, trabajadas con el mayor primor, las que se sujetan al pie con dos cintas, de las cuales se pasa una entre los dos primeros dedos del pie; y la otra, despues de haber dado dos vueltas por la pierna, se enlaza con la primera.

Deja Raquel la toca de algodon que cubria su cabeza, y recibe de una de sus doncellas una de lana de color de púrpura, en cuyos bordes brillan oro y plata, sostenida por detrás con un semicírculo de metal, del que penden como adorno algunas listas de galon. Vístese la corta camisa de lino llamada *xyndon*, cuya finísima transparencia la cubre sin velarla, túnica sin mangas que no la llega á la rodilla; y despues recibe otro vestido de igual lijereza y transparencia, pero que la envuelve toda en sus vastos pliegues. Levántase una cortina y se descubre el asilo interior y secreto en que, bajo la sombra apacible de las palmeras que conservan la frescura del agua que salta en un receptáculo de mármol, vá Raquel á gustar la delicia del baño, placer, que segun las costumbres asiáticas y los ardores del clima oriental, es una de las primeras necesidades y un acto de religion. Todo esto no son mas que preparativos para el tocador de Raquel.

Sentada á la moda oriental sobre ricas alfombras, abandona á sus doncellas las ondulantes trenzas de su cabellera, que hacen pasar por cima de braserillos para perfumarlas, y las tiñen despues con aceite de nardo, de mirra y de cinamomo. No conocen el uso del peine, y pasan sus blancos dedos muchas veces entre los negros bucles que forman la cabellera de su señora.

Terminada esta operacion, los sujetan con rojas cintas. Una doncella se acerca, llevando en sus manos una cajita de marfil, donde se coloca una sustancia crasa y perfumada, que por medio del fuego de un pebetero se reduce al estado de líquido. En este perfume, llamado *makachol*, de un color negro y lustroso, moja un pequeño pincel de plata, construido á propósito para recibir y conservar la materia colorante.

Cierra Raquel sus párpados, y se desliza el pincel orizontalmente entre los dos graciosos arcos de pestañas que los adornan, y cuando vuelve á abrirlos, la doble línea negra que describe el contorno, aumenta su brillo como si los engandeciera y les comunicase cierta languidéz magestuosa, y aquella gracia melancolica, cuyo encanto no concebirá tan fácilmente quien no haya podido ver alguna de las bellezas orientales que se guardan encerradas en los harems. Llega tambien el pincel á las cejas de Raquel, cobra mas vivo lustre su lijera curba, y tal vez se prolongan ambas líneas, de manera que se toquen y confundan en la frente.

La joven judía se levanta, deja sus vestidos de mañana y la camisa interior, cuyo nombre nos recuerda el chilon de los griegos y la túnica romana, se hace llevar otra tejida de la misma forma, pero mucho mas ajustada y hecha de finísimos bordados de seda. Este vestido interior, que no llega al tovillo, y cuyas mangas alcanzan apenas hasta el codo, le cubre el pecho por delante, y le cierra por detrás por medio de un broche de plata muy ajustado, dejando adivinar á las indiscretas miradas las graciosas formas con que la naturaleza ha dotado á Raquel. La parte superior de esta túnica está bordada con mucho arte y profusion, y ofrece á la vista flores y frutos imitados con oro y plata, y la franja de seda violada que la guarnece hace resaltar mas su embelesante blancura y su diáfana transparencia.

Largo rato pasaron las doncellas en disponer los pliegues de este lijerísimo vestido. La presentaron despues muchos pares de sandalias, tódas semejantes en su forma, pero que variaban en sus colores. Las cintas que tenian para sujetarlas, unas eran rojas, otras amarillas y algunas azules.

Solo restaba un ceñidor para designar el elegante talle de Raquel, y uno color de escarlata fue el preferido despues de algunos momentos de incertidumbre. Este era una faja de algodon finísimo, muy ancha, y adornada de todo género de flores orientales bordadas sobre plata. Cuando la hermosa judía hubo ajustado su cintura, el resto de esta faja pendia, como al descuido, sobre su costado, confundiéndose con los pliegues de la túnica. Cualquiera, al observar su hermosura, la hubiese tenido por una divinidad de la Siria ó la Diosa de los amores.

Raquel manda á sus esclavas la traigan el magnífico turbante que vá por primera vez á adornar su cabeza: este adorno, que reune la gracia y el lujo asiático, y una especie de magestad que deslumbra, parece contener en sí una ilusion que recuerde el carácter sacerdotal de que estaba revestida la nacion judáica. Una tiara de finísimo oro, en la cual las incrustadas perlas trazaban caractéres sagrados, rodeaba, sin cubrírla, la parte de la frente mas inmediata á las cejas, perdiéndose bajo los ondulantes bucles de su rizada cabellera. Pendian del turbante dos hilos de gruesas perlas, enlazadas con coral, que, pasando junto á las sienes, venian á ocultarse bajo del manto. Tal era el adorno nacional y característico de las mugeres de Israel.

POESÍA.

Á JACINTA.

Angel robado al suelo,
De conocerte indigno,
Consorte que perdida
Para mi triste amigo,

Dichosa resplandeces
En sólio de zafiros;
Vuelve los bellos ojos,
Luceros matutinos,
Al valle donde gime
Quien fue tu regocijo.
En ese de delicias,
Inmensurable abismo,
Donde en perpétuo goce
Vivís los elegidos.
¿En qué puede un recuerdo
El bien disminuiros,
Que brota, fuente viva,
La faz del INFINITO?
¿Será que hasta vosotros
Cerrado esté el camino
Al ay del que padece,
Al *ruego del cariño*?
¡Oh! no cabe en el Cielo
Ingratitud ni olvido.
Aquel afecto dulce,
De las virtudes hijo,
Alma del universo,
Rayo del sol divino,
Que trueca en serafines
A dos amantes finos,
Aquel es el que debe
Formar el lazo pio,
Que inseparables una
La tierra y el empíreo.
Tú en el escelso coro
Cantas gloriosos himnos;
Solloza solitario
Tu esposo de continuo:
Mengua es del amor vuestro
Tan desigual destino.
Cuando en la noche miras
Que bañan hilo á hilo
Sus lágrimas el lecho
Que dividió contigo,
Tálamo dulce un dia,
Ya potro de martirio.
Vuela á su cabecera,
Y aplica de improviso
La cariñosa mano
Al pecho dolorido,
La mano que otro tiempo
Contóle los latidos,
Y vierta en él ahora
El bálsamo de alivio.
Pesares nos aquejan
En tanto que vivimos;
Inspírenos el Cielo
Valor para sufrirlos.
Corran placer y pena
Por ley igual regidos;
No sea el mal eterno,
Y el goce fugitivo.
Cual tierna flor ajada
Por aquilon impío,
Lució tu abril, Jacinta,
Con instantáneo brillo:
Contaste, caminando
Entre ásperos espinos,
Años de vida pocos,
De sufrimiento siglos.
¿Y quién en la árdua senda
Fue tu constante arrimo,
Partícipe en los males,
Igual en los peligros?
Tus labios no gustaron
Gota de amargo absintio,
Que al seno de tu esposo
No hubiese descendido.
Mas tú ves tus afanes
En dicha convertidos;
Los suyos, cada dia
Crecen con doble ahinco:
¡Mísero del que vive!
¡Feliz quien ha vivido!
¡Ah! logra del Eterno
Que separaros quiso,
Y á cuyo trono asistes
Alado paraninfo,
Que ya que en su presencia
Dilata el *reuniros*,
De aquella paz guardada
Para el celeste asilo,
Luzca un reflejo débil
Al hombre que has querido,
Y aun lícito le sea
Dias gozar tranquilos:

No diga, blasfemando
De tu inmortal cariño,
Que hasta en Cielo caben
Ingratitud y olvido.

J. E. Hartzenbusch.

EL VAMPIRO.

(LEYENDA ESCOCESA.)

Dos gefes ó príncipes escoceses se juraron una fraternidad de armas, que los comprometia á socorrerse mútuamente en las aventuras de su guerrera vida, y á no sobrevivir el uno al otro. Assueit pereció en un combate, y Asmond, su compañero, fiel al terrible contrato, quiso que le enterráran vivo en la tumba de su amigo. Siguiendo la costumbre del norte, formaba esta tumba una larga bóveda, en la que colocaban los trofeos de armas y los caballos del muerto. Cuando terminaron los ritos de las exequias, Asmond bajó á la última morada de su hermano de armas, sin que en su rostro se notára el menor pesar. Los soldados de los dos gefes, taparon la entrada de la bóveda con una piedra enorme, cubriéndola con una montaña de tierra, y, despues de haber dirigido el último á dios á sus gefes, se dispersaron como un rebaño que ha perdido su pastor.

Un siglo habia transcurrido ya cuando un noble gefe sueco llegó al valle que llevaba el nombre de los dos hermanos de armas; y despues de haber oido contar su historia, resolvió abrir la bóveda, ya porque era una prueba de valor arrostrar la cólera de los héroes violando su tumba, ya para apoderarse de las buenas lanzas y demas armas, con las que habian conquistado su gloria. El gefe mandó á sus soldados llevar á cabo el proyecto: el mas osado y valiente de estos piratas, se estremeció y retrocedió, cuando, en vez del silencio de una tumba, oyeron en el fondo de aquel asilo de la muerte gritos horribles, estrépito de armas, voces, y en fin, todo el ruido que produce un combate mortal entre dos campeones. A pesar de todo, descolgaron á la bóveda á un guerrero joven, recogiendo inmediatamente la cuerda, á fin de conocer la causa de tan estraño tumulto; pero otro habia ocupado el puesto del aventurero, y la cuerda sacó á Asmond. Presentóse á los suecos con la espada en la mano, destrozada la armadura, y con la megilla izquierda desgarrada, al parecer, por una ave de rapiña. Apenas vió la luz del dia, cuando con admirable improvisacion contó en verso que tan luego como se cerró el sepulcro, el cadáver de Assueit se reanimó, atacando encarnizadamente al valiente gefe que acababa de dar una prueba tan terminante de su sincera amistad. El héroe habia recurrido á sus armas y defendídose heróicamente contra Assueit, ó mas bien contra el demonio que habia tomado su forma. Este horroroso combate duraba hacia un siglo, y Asmond, en el mismo momento en que se abria la bóveda, acababa de derribar á su enemigo, y le habia atravesado con una lanza, dejándole clavado en el suelo, para reducirle, para siempre, á la inmovilidad ordinaria de la tumba. Despues de haber celebrado Asmond su triunfo, cayó muerto en presencia de los suecos, quienes sacaron á Assueit de le bóveda, y le quemaron, aventando sus cenizas, y colocaron en su puesto el cuerpo del vencedor para que reposára en paz en aquel solitario mausoleo.

Una Seduccion.

.....and beholding this,
Their lips drew near, and clung into á kiss,

BYRON.

Y mirándose así, se acercaron sus labios y se sellaron con un beso.

Oh! compadécete de mis tiernos años, repetia besando las largas trenzas de cabellos que Leonor abandonaba entre sus cariñosas manos. Solo en tí reside el atractivo que puede reconciliarme con la vida. Tu sabes que mi alma, penetrando su porvenir, me reveló que no veria terminar mi vigésima primavera; y sin embargo, Leonor, una caricia tuya detendria la muerte! Coloca tu mano sobre mi frente, acaricia mis cabellos con tus finos y torneados dedos, reclina tu cabeza sobre mi seno, mírame y sonríete..... y ya no podré morir.... Pero la prudente coqueta no queria comprender. Al lenguage del deseo contestaba con ligeros chistes, y salvaba su virtud con un gracioso rigor.

«¡Estás tan hermosa cuando se animan tus acentos para espresar una elocuente poesía! ¡Es tan encantadora tu mirada cuando contempla algunas risueñas nubes! ¡Te rodean tantas seducciones cuando se entreabren tus labios para dirigir una sonrisa al niño que te implora! Pero estás, mucho mas hermosa aun, cuando llena de turbacion, al oir hablar á tu lado de amor y felicidad, se agita tu seno, y se ruboriza tu rostro, y bajas con languidéz tus animados ojos!..» Pero la astuta coqueta presentia demasiado el poder de una amorosa lisonja, y, prestando á su severidad todos los atractivos de su talento, sabia resistir á la vanidad, al mismo tiempo que daba mayor realce á sus gracias.

«Bien; sé feliz en ese baile, en el que tantos amantes te desean. Vé á enseñarles tu rostro, que nunca me pareció tan hermoso, y tu esbelto talle lleno de gracias, y tu guirnalda de rosas, de la cual tal vez se escapará hasta mí una hoja. Vé, no te seguirán los recuerdos de mis celos. Pero antes de separarnos, dirígeme una sonrisa, una mirada de compasion, que yo creeré de amor, dame un beso por mil lágrimas.....» Y, cuando vá á desaparecer, virtuosa y feliz aun, quiere Leonor, por un efecto de coquetería, conceder un beso ligero como la esperanza. Pero lágrimas ardientes han humedecido sus labios. Una seductora compasion hace vibrar su corazon. Se quita la guirnalda de rosas..... Fernando!.... dice..... y no se la vió en el baile.

Singularidad del Corazon.

La rica y hermosa Adela contaba 20 años, y el himeneo no tenia para ella ningun atractivo. «Yo, decia, no protestaré contra ese séxo dominador, contra ese séxo que se humilla á nuestros pies cuando aspira á una declaracion, y que se erige en tirano cuando sorprende una lágrima ó una sonrisa.

Tales eran las ideas de Adela. Siempre que se le hablaba del matrimonio, se reia ó bostezaba.

La indiferencia de una muger joven y hermosa, parece que pide venganza; los vengadores acudieron: discursos tiernos, billetes sentidos, las respetuosas protestas del amor, las intrigas del orgullo humillado y sus seducciones, todo

fue puesto en movimiento para triunfar de los rigores de Adela. Homenages tan desgraciados como inoportunos! Habíase armado muy particularmente la insensible joven contra la amabilidad, y asi es que el amante mas tierno era del que mas sospechaba, y el que mas pronto desauciaba.

Se dirá que solo una muger puede ofrecer el ejemplo de un capricho semejante; aguarda, lector. La casualidad hizo conocer á nuestra linda indiferente un joven hermoso, indiferente, enemigo declarado, como ella del matrimonio y de sus tiernos goces. Era sumamente curioso oir el diálogo entre Adela y el coronel M°°° acerca de la felicidad conyugal.» Amar un marido á su muger, qué mal tono! — Amar una muger á su marido, qué falta de civilidad! — Se reunen dos capitales, es cierto! — Adquiere una un nombre honorífico, y nada mas!....»

Estaban perfectamente de acuerdo, como se vé, acerca de lo que debia ser el matrimonio. El himeneo se les presentaba de este modo tan solo por el lado risueño. En resumidas cuentas, esta simpatía de antipatía decidió de la suerte de Adela y del coronel. Poco tiempo despues de haberse conocido, les echó el cura la bendicion.

Reinaba la mayor armonía en los principios y conducta de los esposos. Vivian en una magnífica casa, y tenian habitacion separada. El coronel no salia de su cuarto, y en él recibia: Adela recibia en el suyo. Algunas veces se encontraban y se saludaban con una amabilidad puramente respetuosa. El coronel era admitido de vez en cuando en la tertulia de su esposa, la que se mantenia inflexible acerca de un punto: no se veian nunca solos. Un año duró este género de vida, sin que la menor querella turbase su tranquilidad. «Y bien! decia Adela un dia á su esposo, no somos nosotros los felices, los sábios por escelencia de la vida conyugal?...»

Notóse de pronto que Adela estaba triste y pensativa, y que el coronel estaba pensativo y que buscaba con ahinco la soledad. Habian circulado rumores de guerra, y el coronel debia marchar inmediatamente á tomar el mando de su regimiento.

La variacion que todo el mundo notó en la vida de Adela, no puede proceder, seguramente, de la marcha del coronel, decia para sí Luisa, su mas íntima amiga. El coronel vá á buscar gloria, y su esposa me ha repetido mil veces que se ha casado tan solo para llevar un nombre honorífico.....»

Su inquietud la conduce á casa de su amiga.

Un criado le dice: que la señora está en el cuarto del coronel. Grande fue la sorpresa de Luisa. La introducen en la habitacion del marido. La cara del coronel respiraba la felicidad, y Adela estaba anegada en llanto.

«Luisa! esclama Adela, viendo á su amiga; compadécenos. Qué fatalidad! acabamos de conocer que nos amábamos!

RECUERDOS DEL BRASIL.

(BAILE DE LOS NEGROS.)

Habia ido á dar un paseo á Puerto-Alegre. Al salir de una calle bastante buena, que recorria pensando en los destinos del inmenso imperio del Brasil, que acababa de proclamar su independencia, ví una plaza que formaba un óvalo bastante bien entendido, y casi enteramente cubierta de césped. Ví en aquella plaza un mar de cabezas negras, que se agitaban

en todas direcciones, y parecian las aguas de un vasto cenagal. Eran los esclavos africanos, á los que se habia concedido algunos dias de libertad, con motivo de la coronacion de D. Pedro, y que se entregaban al baile, como lo hacen siempre que pueden robar algunos momentos á los penosos trabajos en que los emplean.

En el óvalo del que acabo de hablar, ví una infinidad de grupos negros, de los que partian los ecos de una música dura y áspera, pero singularmente original: en medio de tan salvage armonía, habia, sin embargo, mucha uniformidad. Los negros son frenéticos por la música, y *todo el mundo sabe que marcan maravillosamente el compás.* Todos aquellos grupos representaban otras tantas tribus africanas, con instrumentos, pipas, adornos y trages diferentes, muy curiosos, muy burlescos, muy marcados todos con el sello de la mas profunda originalidad, porque los negros son un pueblo esencialmente original.

Iba á acercarme á un grupo de esclavos de Angola, cuando el centro de la plaza cautivó toda mi atencion. Estaba ocupado por un hombre de elevada estatura y muy bien proporcionado. Era de un negro muy subido y la blancura de sus dientes deslumbraba; á lo lejos parecia que tenia una bola de nieve entre los labios. Su trage era de los mas originales.

Hacia mil piruetas á cuál mas ridículas: tragaba grandes bocanadas de tabaco, que cuidaba de humedecer con dos ó tres tragos de aguardiente. Adornaban su larga pipa ridículos geroglíficos. Tocaba á la vez muchos instrumentos, y tiraba al aire su sombrero, cargado de plumas y de cintas, y le recibia en el pecho, que tenia bañado en sudor. Por lo demas, no reinaba el menor orden en sus danzas; ya se le veia volver, saltar y brincar con la velocidad del relámpago; ya se le veia ejecutar movimientos pesados y con una lentitud desagradable, llevando un compás frio y monotono: en una palabra, era la pantera ó el elefante del Africa. Sus cantos, oh!.... sus cantos.... Nunca se ha oido una cosa mas desagradable: pronunciaba las frases en tres dialectos diferentes. Figuraos el sonido de un tambor cascado, y tendreis el diapason de su voz. Felizmente hablaba poco, cosa rara en un negro cuando se entrega á la alegría. Pero lo que mas ocupaba á éste cuando iba á empezar una danza nueva, que anunciaba con un temblor general de sus miembros y con la *horrorosa contraccion* de los músculos de su cara, era el estraño cuidado que ponia en mirar bisco en todas direcciones y de un modo horroroso.

Ya he dicho que estaba solo; pregunté la causa, y me contestaron que de su tribu no habia mas que él en la ciudad. Representaba una nacion entera.

Estoy persuadido de que se hubiese necesitado *mucho tabaco y mucho aguardiente* para obligarle á que se reuniese con los demas negros.

Hacia cinco años que, no viendo llegar á ningun esclavo de su tribu ó de su horda, insistia todos los dias de fiesta en desterrarse de los demas círculos y en hacer solo el gasto del honor de su nacion. Continuamente era el blanco de *los sarcasmos de los demas*; y se contentaba con decir que «si estuviese libre y en su pais, abriria en canal á los que se burlaban de él, lo que le haria reir á su vez.»

Con algun pesar me separé de aquel hombre original, á pesar de que su patriotismo empezaba á aturdirme.

⊗⊗⊗

COMUNICADO.

Sres. Redactores de *La Esperanza.*

Muy señores mios: En el número de su estimable periódico, correspondiente al domingo próximo pasado, hablando del distinguido actor don Cárlos Latorre, y de las causas que han motivado el que dicho señor no pertenezca á la compañía de declamacion de este año, se dicen algunas cosas que carecen de exactitud, y creo de mi deber rectificarlas.

Dícese, entre otras:—.... «*al mismo tiempo se vé que no entraba en los planes de la empresa el contratar al señor Latorre; y que si le pidió proposiciones, fue tan solo para cubrir el espediente.*»—Esto no es así: la empresa no ha pedido proposiciones al señor Latorre, porque este pasó le dí yo por mí y sin contar con nadie: le dí porque creia de mi deber hacerlo: le dí con toda la buena fé, propia de un hombre de bien, y no *para cubrir el espediente*, porque esto hubiera sido una farsa mezquina, y yo no tengo que avergonzarme de haberme mezclado *nunca* en semejantes manejos (1).

Cuando tuve en mi poder las proposiciones del señor Latorre, hablé, *por primera vez*, á los demas socios acerca de los pasos que habia dado, y les manifesté el interés que tenia en llevar á cabo el asunto en cuestion: todos, sin esceptuar uno solo, me contestaron haciendo justicia al talento del señor Latorre; pero recordándome al mismo tiempo la cantidad á que ascendian los presupuestos, tratando de probarme que no podia aumentarse aquella, si la empresa habia de conservar alguna esperanza de obtener un resultado favorable (2). Reunidos, á invitacion mia, al dia siguiente, insté de nuevo, y, no quedándome otro medio, les dige por último: que, puesto que se trataba de intereses, y que estos solos impedian el que se cumpliesen mis deseos, yo renunciaba formalmente á la parte que pudiera caberme en las ganancias que la empresa lograse; y que de este modo el sueldo del señor Latorre no agravaria el presupuesto: la contestacion de la empresa fue literalmente la que sigue:—«*La empresa estima en todo su valor la delicadeza y generosidad de V; pero hay todavía un inconveniente que hace irrealizable este asunto, y es que, segun los términos en que está constituida esta sociedad, no puede, atendido sus intereses, tener un primer actor y director ajustado á sueldo, y sí solo como empresario, y V. sabe que el señor Latorre no ha querido serlo* (3).»

Siento haber tenido que hablar de esa renuncia que yo queria hacer de lo que ganar pudiera, porque hay acciones, cuyo relato no sienta bien al que las ejecuta; pero entre el inconveniente de atropellar una delicadeza infructuosa, y el de que se pudiera creer por alguno que la ingratitud, ó pasiones mas despreciables todavía, habrian podido influir en estos sucesos, creo que no debe vacilarse.

En otro sitio del artículo á que me refiero, dice:—«*Muchos dias despues de ajustados los demas actores, se le pidieron al señor Latorre sus proposiciones.*» Esto se esplica muy naturalmente: yo fui quien pidió las referidas proposiciones, y yo no llegué á Madrid hasta mediados de la cuaresma; mal podia haberlo hecho antes (4).

Dice el articulista mas adelante:—«*Quince dias despues se le contestó al señor Latorre* etc.—Tampoco esto es cierto: la carta en que el señor Latorre remitió sus proposiciones, está fechada el 8 de abril (5). La empresa dió principio á sus trabajos el 19 del mismo, y algunos dias antes de Pascua de Resurreccion estaba la contestacion en poder del señor Latorre.

En cuanto á la falta que el señor Latorre hace y ha hecho siempre en los teatros de Madrid, estamos perfectamente de acuerdo; y no podemos menos de estarlo, porque, si no me equivoco, el autor del artículo á que contesto ha tenido ocasion de notar prácticamente esa falta antes que yo. Creo todo lo que dice con respecto al talento y á la importancia artística del señor Latorre, y lo creo de veras, tan de veras, que juzgo que no hay un solo actor español, y yo el primero, que no esté en el caso de aprender del señor Latorre; y por eso he hecho cuantos esfuerzos han estado á mi alcance para estar á su lado y estudiar (6).

Esta es la verdad de los hechos; verdad que mi conciencia, y los consejos de mis amigos, me han decidido á manifestar al público, con el objeto de satisfacerle y acallar al mismo tiempo algunos rumores infundados. Si todavia hubiera alguien que pusiese en duda la mas pequeña parte de lo que llevo dicho, personas muy respetables, enteradas á fondo de este negocio, están dispuestas á corroborar con sus firmas cuanto contiene este escrito. En cuanto á mí, como la verdad no puede ser mas que una, y esa ya la he dicho, creo que no debo volver á escribir acerca de este negocio, y así lo haré.

Algunas otras razones muy importantes ha oido el mismo señor Latorre de mi boca; razones que esta carta no contiene, porque no son para escritas; pero mi amigo el señor Latorre las sabe, y yo no las olvido.

Ruego á VV., señores Redactores, que en prueba de su acreditada imparcialidad, den cabida en su estimable periódico á esta manifestacion, que he creido deber hacer al público, y les quedará eternamente agradecido S. A. S. Q. B. S. M.

JULIAN ROMEA.

Madrid 13 de mayo de 1840.

(1) Tenemos entendido en efecto que el señor

Romea fue quien pidió proposiciones al señor Latorre, que éste se negó á dar, porque quiso poner en manos del primero el arreglo de su ajuste, dando por hecho cuanto el mismo señor Romea, *empresario*, hiciera. Ocho dias despues repitió el señor Romea dicha peticion por escrito, y en el mismo dia envió el señor Latorre sus proposiciones.

(2) Si hubiera entrado en los planes de la empresa el ajustar al señor Latorre, seguramente no hubiera esperado aquella *á que el presupuesto de* gastos ascendiera á un punto que hiciera dificil semejante ajuste. La adquisicion del señor Latorre no es de tan poca importáncia para mirarla con indiferencia: luego, la razon dada por la empresa, es una escusa de ningun valor.

(3) Nadie ha propuesto al señor Latorre formar parte de la empresa *actual*, pues nos consta que cuando ésta se formalizó, dicho señor Latorre estaba ausente. Fue mucho antes cuando se le hizo semejante proposicion; fue contando con sugetos que hoy no están en la empresa, y no contando con otros que hoy se hallan en ella. Por razones que ignoramos, pero que podremos conocer, aquel primer proyecto no tuvo hechura, de donde resulta que nada tiene que ver la proyectada empresa con la actual. Si la empresa no podia *tener un primer actor y director ajustado á sueldo*, el señor Romea, enterado, sin duda, de las bases de la sociedad, debia saberlo, y por consiguiente inútil era el pedir proposiciones al señor Latorre, pues cuando éste las hizo, fue despues de saber por el mismo señor Romea que no se podia admitir un nuevo sócio en la especulacion.

(4) Doce ó catorce dias despues del miércoles de ceniza, llegó el señor Romea á Madrid; otro tanto tiempo transcurrió hasta pedir al señor Latorre sus proposiciones, por primera vez. Esta lentitud en las negociaciones, prueba que la empresa no tenia interés en una adquisicion, interesante para el público, que tiene derecho para exigirla de una empresa especuladora; ó que contaba con la seguridad de que el señor Latorre no podria salir de Madrid y abandonar en el Conservatorio de S. M. el puesto que se le ha confiado; porque no creemos en la empresa la mezquina intencion de *entretener* las negociaciones hasta el fin de la cuaresma, para privar al señor Latorre de otro ajuste ventajoso en algun teatro de provincia.

(5) Téngase presente, que ocho dias antes de la fecha citada, el señor Romea pidió, de palabra, proposiciones al señor Latorre.

(6) Estamos perfectamente de acuerdo con el señor Romea, y sentimos que sus buenas intenciones no hayan sido coronadas de un feliz resultado. El que desgraciadamente tocamos, ademas de privarnos del señor Latorre, nos revela la mala intencion de la empresa en su falta de franqueza para con el señor Romea, que le dejó ignorar hasta cierto punto la dificultad que habia para ajustar al señor Latorre, y por consiguiente, bien dicho está que *tan solo para cubrir el espediente* se le pidieron proposiciones.

Crónica.

Tres novedades han ofrecido los teatros principales de este corte en estos últimos dias. Un concierto, en el que se han presentado á desempeñar la parte de bajo cantante el señor Baillou, y la de tiple la señora Lombardi, cantantes italianos, que se hallaban de paso en esta corte: una comedia en un acto, traducida del francés, con el título de *Un Angel en las Boardillas*, y la salida del señor Torroba en el papel de *Gabino* de la comedia *No ganamos para sustos*.—Acerca de la primera novedad, nos limitaremos á decir, que el público manifestó su desaprobacion de un modo muy marcado á los referidos cantantes.—Aconsejamos á la empresa, refiriéndonos á la segunda, que procure elegir con mas detencion y acierto las piezas que ofrece al público, pues si así lo hace, encontrará una ventaja en sus arcas, no disgustará á los espectadores, y evitará desaires á actores que no los merecen. *Un Angel en las Boardillas*, es una comedia desnuda de todo interés y que no ofrece la menor novedad ni en su argumento, ni en sus detalles, ni en el carácter de los personages que en ella intervienen. Con asistir á su representacion y con un sorbete del café de Pombo, no necesita uno mas refresco para todo el verano. La señora Diez y el señor Guzman (mayor) hicieron esfuerzos laudables para salvarla del naufragio, pero, como la tempestad era recia, se estrelló en medio de los silvidos.... y no del viento.—Mucho sen-

timos ser severos con el señor Torroba, porque conocemos las grandes dificultades que tiene que vencer un actor, y mucho mas, cuando éste es principiante; pero no debemos separarnos en lo mas mínimo de la línea de imparcialidad que nos hemos trazado. El señor Torroba se ha presentado, por primera vez, al público en un papel superior á su inteligencia y á sus facultades, y colocándose ademas en una situacion difícil, pues tenia que luchar con el grato y reciente recuerdo que ha dejado el señor Lombía por el modo admirable y hasta sublime con que creó el año pasado el mismo papel de *Gabino*. El señor Torroba no dió, á nuestro parecer, el verdadero colorido al papel que representaba; debia haber manifestado en él mucha mas candidéz y mucha mas naturalidad. La voz de este actor es débil y de muy limitada estension; de lo que resulta, que cuando tiene que esforzarla, como sucede en el acto tercero de la comedia en que le hemos visto, se le pierden la mayor parte de las palabras. Hemos notado tambien que todo el estudio que ha hecho del arte que ha abrazado, se dirige á imitar al señor Guzman, y con este motivo le aconsejamos que huya de este escollo, porque la imitacion es destructora del verdadero talento, y el que imita no adquiere mas que los defectos del imitado.

—En el teatro principal de Sevilla se puso en escena la noche del 14 á beneficio de Doña Teresa Baus, primera actriz en aquella compañia dramática, la comedia en tres actos y en verso de D. José Zorrilla, titulada *Lealtad de una muger y aventuras de una noche*. Obtuvo un éxito completo, y tanto la beneficiada como el Sr. Lopez desempeñaron á satisfaccion de los espectadores los papeles de que estaban encargados. Concluida la comedia se ejecutó la pieza titulada *Un Actista*. He aqui la que acerca de su ejecucion dice el *Sevillano* del 9: «Su ejecucion fue muy buena. El Sr. Lombía estuvo muy feliz, particularmente cuando lleno de entusiasmo artístico recuerda la visita de Miguel Angel. La señorita Calmetino interesó en su papel por su linda figura y gracioso decir. El Sr. Lopez comprendió perfectamente el suyo, y lo vistió con la propiedad que acostumbra.

—El 3 del corriente se puso en escena en el teatro principal de Barcelona *El Arte de Conspirar*, desempeñando el señor García Luna, á satisfaccion de aquel público, el papel de protagonista, en el que tantos laureles ha adquirido en los teatros de esta corte. Los señores Alverá y Zafra siguen agradando.

—Don Nicolás María Bremó y Lopez acaba de publicar una memoria sobre las ventajas que deben resultar á España de un comercio posible en el Levante, enlazándole con el de las Dos Indias (1). De las obras publicadas hasta el dia, ninguna ha ilustrado tanto esta materia de comercio como la que se anuncia, de forma, que hoy dia la juzgamos muy útil para los señores senadores, diputados y comerciantes del reino.

—Las funciones del *Circo Olímpico* siguen estraordinariamente favorecidas. La reunion que á ellas asiste es brillantísima y escogida. El señor Paul y su compañía se hacen cada dia mas acreedores á las pruebas de aprecio que les dá el público madrileño.

—Se han representado en París en el mes de abril, 25 producciones nuevas. Una ópera, 2 óperas-cómicas, 1 drama, 3 melodramas y 18 vaudevilles.

(1) Se vende en el despacho del *Mensagero*, Carrera de San Gerónimo, número 24.

MADRID:
IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,
Calle del Lobo, núm. 34.